

Gesto por la Paz y Elkarri: Los ritmos de fondo de una sociedad convulsionada

Las reflexiones que siguen dan cuenta de la confluencia de dos movimientos sociales, nos relatan las dificultades y aciertos de un proceso de convergencia de dos grupos sociales empeñados en lograr la paz.

Creo que del texto se deduce qué es y qué ha sido cada movimiento social. Pero para mejor situar ese conocimiento puede ser útil decir un par de líneas introductorias de cada movimiento.

Gesto por la Paz es un movimiento que nace a principios de la década de los ochenta con un objetivo claro y preciso: manifestar su rechazo en la calle a la violencia política en general y muy en particular a la violencia de ETA, a las muertes provocadas por esta organización. Elkarri nace 10 años más tarde y se moviliza -también en la calle pero sobre todo utilizando recursos de orden más reflexivo/mediático- en la exigencia de un diálogo político, en paz, que conduzca al fin definitivo de la violencia.

1. Cuando escribo estas líneas (diciembre de 1999) Gesto por la Paz y Elkarri se encuentran inmersos en una iniciativa conjunta en favor de la conciliación. Prácticamente, hasta este momento la historia de ambas organizaciones se asemejaba a un proceso asintótico. Aunque el diálogo entre ambas organizaciones ha sido constante desde un principio (recordemos el proceso de conversaciones del que surgirá en enero de 1994 el Acuerdo de Marañón, prolongado durante nueve meses), este diálogo ha servido más para detectar diferencias que dificultan la acción común que para encontrar puntos de encuentro. Además de algún acto conjunto con ocasión del 50 aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el ejemplo de colaboración más importante fue la denuncia conjunta de la política de dispersión realizada en Madrid en julio de 1996.

2. Así pues, tenemos dos organizaciones con orígenes, culturas, motivaciones, estructuras y componentes realmente distintos, que sin embargo parecían, a los ojos de muchos, destinadas (o condenadas) a entenderse, pero que no acababan de coincidir. ¿En qué basaban su apreciación los partidarios del encuentro entre ambas organizaciones? Básicamente en las siguientes consideraciones:

a) Ambas comparten un mismo campo de intervención: el que convencionalmente se conoce como «el conflicto vasco».

b) A pesar de sus innegables diferencias, mantienen perspectivas coincidentes en algunos temas fundamentales: el cuestionamiento de la violencia, la opción por el diálogo como mecanismo de resolución de los conflictos, el llamamiento a la implicación de la ciudadanía, la defensa de los derechos humanos, etc.

c) Sus componentes provienen de culturas políticas que, apareciendo radicalmente enfrentadas cuando se expresan a través de las mediaciones políticas clásicas (partidos),

podieran sin embargo aproximarse sensiblemente al expresarse a través de la mediación social.

d) De este modo, la acción conjunta de Gesto por la Paz y Elkarri serviría como símbolo, ejemplo o, incluso, detonante, de un conjunto más amplio de esfuerzos por consolidar espacios de encuentro entre sectores sociales, políticos y culturales, tradicional-mente enfrentados entre sí.

3. Se han dado las más diversas explicaciones a una contradicción (como enseguida veremos, más aparente que real) que, convencionalmente, podemos formular así: ¿por qué dos movimientos cuya acción conjunta, objetivamente posible, significaría una aportación positiva y sinérgica en la resolución del conflicto vasco, no han conseguido un mínimo nivel de coordinación en sus intervenciones públicas? Entre estas explicaciones no han faltado las tesis subjetivistas (según las cuales, el problema se explicaría por la falta de sintonía personal entre determinados miembros de peso en ambas organizaciones).

4. Personalmente, creo que la explicación es mucho más sencilla y, desde luego, más objetiva. Un análisis institucional de ambas organizaciones -de su ideario, sus objetivos, su cultura política, su estructura organizativa, sus redes de reclutamiento, sus formas de acción, sus apoyos sociales- nos indica que, probablemente, las posibilidades reales de colaboración entre ellas son mucho más reducidas que lo que los defensores de esta colaboración están dispuestos a admitir. Por otro lado, es probable que la supuesta relevancia social de esa colaboración sea más el reflejo sublimado de una añoranza que una cuestión con importancia.

En otras palabras, creo que las llamadas a la colaboración entre Gesto por la Paz y Elkarri han nacido más del deseo que de la realidad. Cuando ha sido posible -y lo ha sido en muy contadas ocasiones- la colaboración se ha dado. Y esta colaboración ha sido realmente anecdótica si valoramos su influencia más allá de las propias organizaciones y de sus respectivos círculos de adherentes.

5. Buena prueba de la distancia que separa a ambas organizaciones es la dificultad con la que los analistas de la movilización social en el País Vasco se enfrentan a la hora de encontrar una denominación que las englobe. Así, por ejemplo, en el libro de B. Tejerina, J.M. Fernández Sobrado y X. Aierdi se empieza incluyéndolas bajo la denominación de «movimiento pacifista», para posteriormente, vista la inadecuación de esta denominación (al menos en lo que se refiere a Elkarri), incluirlas bajo una larguísima denominación construida ad hoc: «movimiento por la desaparición de la violencia política en Euskal Herria»^[1]. Por su parte, M^a J. Funes destaca el hecho de que Elkarri «no se define como colectivo pacifista, sino como un grupo que trabaja por la mediación y el diálogo», así como su intención de «ser una alternativa a los movimientos por la paz que existían hasta ese momento, a los que atribuye un carácter sólo testimonial»^[2].

6. La Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria hunde sus raíces en un complejo y desarticulado caldo de cultivo sociocultural que, en relación a la violencia denominada política, se va desarrollando en el País Vasco y en Navarra desde principios de la década de los ochenta. Una violencia protagonizada fundamentalmente, aunque no exclusivamente, por las diversas facciones de ETA. En aquellos años, la sociedad vasca

se estaba movilizando de formas muy diversas en contra de esa violencia. Sin afán de exhaustividad, recordemos la gran manifestación del 28 de octubre de 1978 que bajo el lema «Euskadi libre y en paz» fue convocada por el Partido Nacionalista Vasco y apoyada por distintas fuerzas políticas y sindicales. O el documento publicado en mayo de 1980 por un grupo de intelectuales vascos denunciando «la violencia que nace y anida entre nosotros, porque es la única que puede convertirnos, de verdad, en verdugos desalmados, en cómplices cobardes o en encubridores serviles». O el llamamiento a la paz y la concordia realizado el 14 de noviembre de 1980 por todos los partidos a excepción de HB. O la resolución del ayuntamiento de Bermeo, ese mismo año, condenando el secuestro de un empresario conservero. O la gran manifestación exigiendo la libertad del ingeniero José M^a Ryan el 5 de febrero de 1981. O la celebración en la Basílica de Begoña, los días 4 y 5 de junio, de unas jornadas por la paz, convocadas por los Obispos de Bilbao, la segunda de las cuales fue reventada por grupos radicales. O las concentraciones silenciosas semanales que entre 1982 y 1987 promoviera en todas las capitales vascas el colectivo Artesanos de la Paz. O la concentración en San Sebastián de más de 15.000 personas, el 16 de enero de 1983, pidiendo la libertad de un joven secuestrado por ETA para extorsionar a su familia. O la manifestación en Bilbao, el 7 de febrero de ese mismo año, condenando el atentado realizado días antes contra el Banco de Vizcaya, que p